

MEMORIA DE EDUARDO TOLDRA

POR

FEDERICO SOPENA IBÁÑEZ

I

LA AUSENCIA

Nos falta el artista, así, sin más. Dos veces al año, más o menos, le veíamos; una en Barcelona, otra en Madrid. En su casa de Gerona, 133, o en su cuarto del ya fenecido «Hotel Inglés», de la calle de Echeagaray, todo era distinto porque salíamos de las preocupaciones habituales, tantas veces vulgares para entrar en dos mundos diversos. Escribo «dos mundos», «ambos mundos» —como el nombre de ese café de Zaragoza que tanto le divertía—, porque Toldrá era el músico y era el hombre. Como músico, daba gusto oírle hablar después del ensayo general, hablar alguna vez con lágrimas como después de aquel ensayo de la *Sinfonía sevillana*, de Turina, en el que trabajó sin encontrar respuesta para hacer el final poderoso y con gracia, como lo quería el autor y no zarzuelero como tantos lo hacen. Cansado, sudoroso, iba y venía de la partitura a la charla. Nunca, nunca estaba plenamente contento: no he conocido melancolía igual a su «quiero y no puedo», aquel lento dolor de ver que el sueño nunca por entero «se desensueña y se encarna» —palabras de Salinas a quien luego recordaré— y cada vez menos, pues un artista como Toldrá se exigía siempre más. Pero junto al músico, el hombre: pasada la fiebre del ensayo, mudaba el sudor por la calma, comenzaba la revista de alegrías y desventuras del año. Era como una confesión mutua. Como ambas cosas me faltan, las dos he querido evocar en este «recuerdo». He tardado mucho en escribirlo siendo tan corto. El me entendería muy bien al decirle que lo presente en las entrañas de la memoria necesitaba un tiempo, un sitio y una pena. Tiempo: diez días de huelgo con Mozart y casi en el campo. Un sitio absurdo para escribir pero humanísimo como él quería: un café con mucha gente, buena gente, algo mejor que el mismo silencio cuando se está irremediablemente solo. Una pena: la de esa soledad irremediable que él tanto temía, que su mujer vive, que yo avizoré con horror y que ahora todavía me imagino pasajera. Mi madre, que sólo quería conocer a los músicos por teléfono, quería mucho a Eduardo, le trajo a casa, armó para él su mejor cocina y pudo hablarle

horas de lo mucho que yo le quería. Va, pues, la pluma suelta: he esperado hasta con angustia porque era obligación hacer algo, escribir lo mejor posible para que el más artista de los músicos españoles no termine de irse.

II

EL MÚSICO DEL CAFÉ

Conocí a Eduardo Toldrá el año 1940, le conocí entrando sencillamente en el café del «Oro del Rhin», en Barcelona. Cuando entré, Toldrá tocaba y tocaba con los ojos cerrados. Luego supe que aquella «meditación» de Massenet era deseo de viejo cliente: la página dejaba de ser irremediablemente cursi porque el violín de Eduardo cambiaba su blandura con una permanente pizca de humor, una pizca nada más pensando, a la vez, en mí—un poco irritado de oírle tocar esa «cosa» y sonriendo pronto con la «pizca»—y en el viejo cliente, viajero en su juventud a París, reverdecido ingenuamente. De allí salió, hablando con Eduardo, mi teoría de que así como la gran música vence al tiempo, es siempre actual, la otra, la ligera pero bien hecha, sirve como ninguna otra para «evocar» edades, épocas, sitios, situaciones.

Vino a la mesa Eduardo, nos presentamos, tímidos los dos, yo joven-císimo, él ya cuarentón, y de aquello de Massenet pasamos inmediatamente, como empujados por nuestros ángeles, a la confesión mutua. Su mujer, María, tenía los nervios en polvorosa; yo, sin saber que un día iba a ser cura, arrastraba como una obligación la sequedad, aireada con apariencias de romanticismo.

Hasta más allá de los cuarenta años, violinista de café. Ojo, sin embargo, con exagerar: con la posguerra, muy dentro de ella todavía, termina una época en la que el músico de café podía y debía ser «artista». No era incompatible con otros menesteres más importantes, en el caso de Eduardo con los de concertista y profesor del Conservatorio, con los de solista al menos una vez al año para tocar con el simpático y feísimo Costa—«pelos y señales»—el doble concierto de Bach. Había cafés y cafés: algunos de ellos, en época sin la facilidad y sin la difusión del disco, vivían para el hambre de quienes necesitan la música como pan cotidiano. El silencio no podía ser perfecto, pero su parecido se ganaba con cariño y con trabajo. Y luego, ¡esa música viva que se podía oír fumando, en la postura preferida! Entre obra y obra, algo también fenecido: la tertulia, tan grata e intensa a veces, que costaba desprenderse de ella al músico y a los otros. Los programas de la música en el café eran a veces irritantes por el eclecticismo y por los «arreglos»—algunos, por cierto, pequeñas obras maestras, como el que hiciera

Turina para convertir en trío un nocturno de Chopin—, pero la obra corta y perfecta, la pieza breve y bien hecha, se oía con intensidad pasmosa. Gravísimo peligro para el músico de café: no cuidar la perfección, fiarse de una sola frase bien dicha, resbalar sobre la dificultad. Yo creo que el visible cansancio de Eduardo de entonces venía del esfuerzo para hacer ironía con Massenet y para volcarse con la «romanza en fa». Yo, aquella noche oía y quería oír más: estaba oyendo a un artista.

III

EL MÚSICO EN LA CIUDAD

En el verano de 1941, Jesús Rubio, entonces subsecretario y «encargado de negocios en todo lo referente a la música», y yo tratábamos de convencer a Toldrá de que se quedara a vivir en Madrid, no sólo para la Orquesta Nacional, sino también para la música de cámara del Conservatorio. Se lo decíamos cenando en el sitio más grato del pobre Madrid de entonces—el jardín del Ritz—en una noche deliciosa, se lo decíamos como él necesitaba oírlo, sin forzar las cosas, hablando de esto y de lo otro, felices de repente de ver a Eugenio d'Ors, y al notar con qué cariño y con qué respeto hablaba a su paisano músico. Eduardo quería mucho a Madrid, dirigía con garbo radiante la música de los sainetes cuya letra le divertía tanto, era feliz descubriendo conmigo nuestra vieja ciudad. Pero era barcelonés hasta la médula.

Otra muy bella tentación le vino desde Bilbao: coincidió el primer anuncio de la marcha de Jesús Arámbarri con el doble éxito de Eduardo en sus conciertos con la Orquesta Municipal. Doble éxito porque al lado del musical, Eduardo se metió en el corazón de ese grupo filarmónico presidido por el Conde de Superunda. La tentación era grande antes de crearse la Orquesta Municipal de Barcelona. Pero era barcelonés hasta la médula.

Nada de separatismos: de eso, de la política, no entendía nada. Era el mejor resumen, el más auténtico, de una Barcelona tan lejana del wagnerismo como del fácil, populachero vocear de ciertos coros. Lo mejor de Cataluña—su clase media casi artesana, su pequeña burguesía—se hacía limpiamente «artista» a través de Eduardo. Conocí la casa de Gerona, 133, cuando era casa de artista modesto: barata, sencilla, graciosa en sus detalles. Luego, en cada viaje, notaba algo nuevo, pero siempre dentro del mismo estilo, fuera el piano vertical o de cola, la silla de paja o tapizada. No quiso cambiar de casa, fue siempre resueltamente tímido ante la ostentación. Catalán, hablaba su lengua con

delicia, pasando de palabra y frase a lo Carner a otras graciosísimas, pegadas de las «coblas» a las que tanto quería; español, hablaba bien nuestra lengua y su habla un poco premiosa, no era fallo vocal sino impaciencia del corazón que quería decir sus mejores palabras. Como todos los catalanes auténticos, quería a Madrid como descanso en el ingenio y en la alegría; lo quería sin celos, sin cortapisas, pero sólo como viajero, como visitante. Vivir fuera de Barcelona hubiera sido destierro, aunque en aquel verano lo que Madrid le ofrecía era la doble ventura y sin riesgo del éxito y de la seguridad económica, importante para él, no buscador del lujo pero sí deseoso de confort y de orden. Yo le empujaba a la aventura madrileña diciéndole que tenía para el verano su Cataluña de Gerona, ese Cantallops tan significativo para él, con sus almendros y frutales de abajo, con la sierra de fondo, pero él se defendía: el campo era descanso y Eduardo fue siempre hombre de ciudad, de esos que no tienen más que un ejercicio—un «alpinismo» nos decíamos—consistente en andar y andar la ciudad para ver las gentes, los escaparates y los mercados. A Barcelona no se vuelve de vez en cuando, como a una capital de provincia: se vive allí y para siempre. Se emocionó mucho Eduardo al leerle yo las palabras de Pedrell cuando volvió a Barcelona después de la incomprensión madrileña.

IV

EL AMOR

La pluma, la del sacerdote y la del amigo, quisiera ser de poeta porque he de recordar lo inefable: que no he visto a nadie hacer de la vida una «obra de arte» como lo hizo Eduardo, pero haciéndolo a través del amor constante, apasionado, creciente hacia María, su mujer. Lo escribo aquí porque sin ese amor como «constante» de vida sería inexplicable el «artista Toldrá». Absolutamente inexplicable. Era un amor total y ambicioso de crecer en recuerdos y en horizontes... y en cultura: yo le descubrí a Eduardo «La voz a ti debida», de Pedro Salinas, y cuando él, en Madrid, con María lejos, leía aquello de ¡«qué alegría vivir sintiéndose vivido»!, lloraba y lloraba con lágrimas reales, redondas, gordas, tristes y sonrientes a la vez, porque en la ausencia, dolorosa, se sentía correspondido.

Amor, en primer lugar, como hogar. Era el «trío Toldrá»—matrimonio e hija—luchando bellamente para que cada día tuviera su belleza, era la exclamación apasionada, pero también una delicadeza hasta el tartamudeo, una lúcida cortesía, un estar casi en vilo para que la persona amada tuviera en cada momento la seguridad de esa «pri-

macía del tú», de esa entrega amorosa en la que se traba la lucha contra el pecado original. La profunda religiosidad de Toldrá—ya escribiré de su muy medido antiwagnerismo— surgía como una llamada a la gracia desde su amor humano. En un viaje suyo a Madrid, concretamente en noviembre de 1951, en torno a Santa Cecilia—mi cariño por Eduardo facilita con dulzura no el tanteo sino la exactitud de las fechas— fue, graciosamente oculto, a oírme predicar a los estudiantes, y ¡qué gozo el suyo, qué exclamaciones a la salida comentando mi sermón sobre el afán de eternidad del amor verdadero!

Amor como hogar, como vida entera en común, en el paseo, en el concierto, ¡hasta en la cocina! Necesito decir este recuerdo: cuando María estuvo enferma y tenía «antojos», allá se iba Eduardo—me lo contó en Madrid después de una de aquellas conferencias telefónicas que la aupaban al colmo de la ansiedad—para confeccionar *Dios* sabe qué extraños ponches y como embrujadas mezclas. Fue una vida a dúo, sin vejez. El no pudo llegar a eso que dice Baroja en «Los amores tardíos», y que desde aquí le envió como oración y como saludo: «Cuando el tiempo convierta en plata tu cabellera brillante, cuando tu mirada no tenga esplendor, sino una dulzura amable y apagada, cuando tu cuerpo sea marchito y débil y no rotundo y fuerte, cuando tu mano arrugada tiemble un poco y tus labios tengan una sonrisa pálida, cuando seas una viejecita de cuerpo pequeño y ligero como un pájaro, yo te querré como ahora, si no te quiero más que ahora».

Es necesario, misericordiosamente necesario, disculpar al artista, pero ¡cómo duele siempre que el artista se mienta a sí mismo y en lo mejor de sí mismo a través de una vida con todos los malos derechos para el cuerpo en rebeldía! Y más hoy con ese endemoniado sistema y esclavitud del viaje permanente y de la publicidad en acecho. Por eso, toda mi vida de sacerdote, y mientras dure la de músico, tendrá siempre, pondrá siempre el ejemplo de Toldrá, no, por favor, como ejemplo de hogar «retaguardia tranquila», «asilo», contrapeso de paz y de orden para el artista, sino como todo eso pero además con lo que puede parecer contrario: el hogar como sitio de pasión, como sitio al que se vuelve con impaciencia, al que se llama con impaciencia y donde la noche es, de verdad, «transfigurada».

V

LA CAUTELA ANTE WAGNER

Toldrá era wagneriano a medias y no participaba de ese wagnerismo como religión que a veces hace insoportables a ciertos catalanes. Luego diré que Eduardo me recordaba mucho a los directores alema-